

ENRIQUE SEBASTIÀ DOMINGO

## LA PROBLEMÁTICA DEL HISTORIAR: “COMPENDRE EL MÓN”, DE JUAN REGLÀ

Atender a la resonancia que el autor ha pretendido conseguir y a las condiciones históricas que explican su contexto profesional —sin descuidar las del propio lector— son premisas ineludibles de cualquier análisis crítico. Esta verdad, de carácter general, es particular y rigurosamente más perentoria cuando el objeto de análisis lo constituye una obra historiográfica. Y “Compendre el món: Reflexions d’un historiador”<sup>1</sup>, pertenece precisamente a este género.

Tras un primer análisis, se advierte claramente la resonancia que este libro es susceptible de conseguir en el lector especializado. Las reflexiones del profesor Reglà sobre su propio oficio de historiador, su replanteamiento de la teoría histórica es un estímulo irresistible que induce a reexplorar, o poner en cuestión, el propio bagaje conceptual del lector.

Seguramente, se compartirán con el autor las líneas maestras de su pensamiento, quizá se disienta de alguna de ellas; tal vez de su interpretación; incluso es posible que sólo se compartan las motivaciones científicas en favor de una teoría histórica con que integrar la praxis de investigación. En cualquier caso, sea cual fuere el grado de consenso entre la obra y el lector, es evidente que asintiendo o disintiendo de Reglà se llega a la incordiante pero ineludible tarea de enfrentarse críticamente con las íntimas estructuras del propio quehacer profesional. Esta incomodidad —que quizá explique, por lo que de autocompromiso supone, la endeblez de la bibliografía española sobre temas historiográficos y de metodología general— y ese estímulo mencionados constituyen, en nuestra opinión, uno de los valores más efectivos que el historiador apreciará en un libro tan sugerente como polémico.

“Compendre el món” no es un ensayo de filosofía de la historia; no lo

<sup>1</sup> REGLÀ, JOAN: *Compendre el món. Reflexions d’un historiador*. Editorial A. C. Col·lecció Cara i Creu, número 7. Barcelona. Impreso en los talleres tipográficos de L’Editorial Casal i Vall d’Andorra. Febrero 1967.

es en el sentido de señalar la finalidad del desarrollo histórico; tampoco, en el de explicar las causas y las leyes de ese desarrollo. Por lo tanto: ni explicación idealista ni explicación dialéctica. Sencillamente: una exposición historiográfica y sociológica del desarrollo histórico occidental durante el período capitalista, con una especial y entrañable atención a los caracteres del desarrollo español. Exposición simplificada, deliberadamente simplificada, en función de la genuina resonancia que su autor ha pretendido alcanzar: el lector no especializado. Libro didáctico verificado según las orientaciones de la historia dinámica o de la dinámica social, en la versión española —concretamente catalana— de la problemática histórica que ayer mismo Febvre y Vicens preconizaron a un lado y a otro de los Pirineos. Y en este sentido, la definición temática de “Compendre el món” se completa con dos notas muy importantes: la fe de vida y el tercer balance de una escuela<sup>2</sup>, “hoy en la diáspora” —como gráficamente observa Reglà— que sigue contribuyendo, de modo paciente y eficaz, a la renovación metodológica y conceptual de la ciencia histórica en nuestro país.

Porque, ¿cuál es la relación de fuerzas entre las diversas tendencias de la actual historiografía española? Y de éstas, la concepción dinámica de la historia, ¿ha agotado sus posibilidades de renovación metodológica en nuestro país?, ¿en qué medida su desarrollo sigue correspondiéndose con el de las orientaciones europeas que en su génesis trasuntaba?, ¿conserva ella misma, en el seno de su propia conformación, una uniformidad metodológica predominante?, ¿se ha autoenriquecido en una pluralidad de posiciones susceptibles de superar las necesarias limitaciones metodológicas impuestas por la originaria coyuntura?, ¿cuáles son éstas, y cuáles sus contradicciones...?

El análisis externo plantea un abanico de importantes cuestiones cuya respuesta exige una mínima perspectiva. Sin embargo, hay alguna excepción y puede dilucidarse. Sucede precisamente con las dos unidades temáticas que vertebran por completo toda la exposición: una fe desesperada en el diálogo y la cristalización de esa fe en la existencia de un autónomo e inquebrantable “tercer mundo” o su sublimación: las terceras posiciones. Ambas unidades temáticas se evidencian, reaparecen, se manifiestan tan constante y obsesivamente que adquieren la apariencia de un auténtico “leit-movit”. Una y otra, enfatizando a dimensión europea su específica historicidad, se revelan dramáticamente contradictorias. He aquí un ejemplo muy significativo: se preconiza la sustitución del historiador juez por el historiador neutral que sólo aspira a comprender; pero al mismo tiempo se preconiza también que el nuevo historiador debe aceptar el “compromiso” con la realidad social de su tiempo. Y aceptar el “compromiso” significa por lo menos renunciar a la

<sup>2</sup> Los dos balances historiográficos, anteriores al que supone este libro, son los dos Prólogos de Jaime Vicens Vives a su “Aproximación a la Historia de España”, correspondientes a la primera y segunda edición, 1952 y 1960.

neutralidad, que es tanto como devenir nuevo juez: neutralidad y compromiso son aspectos contradictorios de una misma realidad, uno cualquiera niega al otro.

Pero es hoy, 1969, cuando desde nuestra perspectiva española, esta contradicción se percibe con toda nitidez y cuando se explica en su meridiana historicidad; no fue tan sencillo en el decenio anterior, cuando la misma realidad se revestía con genuinas coherencias. Traducimos a Reglà: "Hace diez años —en 1955— Lucien Febvre publicó *L'Histoire cest la paix*, con esta tesis fundamental: la Historia de la civilización une a los pueblos (y así la nueva Historia integral está llamada a servir la causa de la paz y del entendimiento internacional) mientras que la Historia política las separa. Si bien es evidente que el historiador no debe arriesgarse a hacer profecías, todo parece indicar que Febvre tenía razón: en la medida en que todos los hombres se conviertan en auténticos protagonistas de la Historia, aumentará la solidaridad internacional" (pág. 43). En esta tesis del maestro de los "Annales", a través de cuyo comentario se patentiza la identificación de Reglà, pueden destacarse dos elementos de análisis: el complejo de circunstancias que explican el período histórico comprendido entre 1945 y 1962; y la acción de la escuela historiográfica de los "Annales", debatiéndose contra esa coyuntura que pretende modificar pero que, a su vez, frena y condiciona el desarrollo conceptual de la escuela.

En efecto, la mencionada coyuntura se caracteriza por la "guerra fría" y por las guerras de liberación de las colonias sometidas a algunos de los países que habían surgido vencedores en la Segunda Guerra Mundial; para Francia, guerras de Indochina y de Argelia. La escuela de los "Annales", constituida a raíz de las repercusiones en Europa de la gran crisis económica de 1929<sup>3</sup>, libró sus primeros "combats" contra las estructuras ideológicas que se habían ido fosilizando desde 1871 —la historia "évenementielle" o política y la historia subjetivista alemana— y que las consecuencias de la mencionada crisis de 1929 habían remozado. Sin embargo, tras la victoria de 1945, las nuevas circunstancias siguieron dando sentido a los segundos "combats" contra una ideología que no se resignaba a perecer, y que había sido mixtificada por el pensamiento político que había dirimido desde posturas oficiales el segundo gran conflicto bélico del siglo.

Había que combatir una historia que se revelaba como estática, y cuyo inmovilismo amenazaba eternizar las grandes tensiones, crisis y conflictos del pasado. Se movilizó, pues, una poderosa acción ideológica que tuvo por blanco la tradicional "historia política", narrativa, frívola y agresiva. Pero tan sublime empresa suponía para los "Annales" eternizarse a su vez, metodológica y conceptualmente, radicalizando sus posiciones y frenando su pro-

<sup>3</sup> Es muy significativo que los *Annales d'Histoire Economique et Sociale* nazcan precisamente el mismo año de la gran crisis de 1929.

pio desarrollo científico<sup>4</sup>. Así, se atacó una concepción histórica que se revelaba idealista pero se cayó en otro idealismo; el de una supervaloración de la eficacia de la ideología: era muy problemático que un cambio en la metodología y en la concepción histórica propiciara una distensión internacional. Sin embargo, no era éste el único error grave. Se esperaba verificar unos cambios que lo eran sólo “topográficos”, en el seno de un mismo molde: se atacaba una *historia estática* —o sea, una historia filosóficamente positivista— mediante el recurso a una *historia dinámica*, que también era de raigambre comtiana— como lo patentizan el uso de las dos categorías antagónicas, mecanicistas, descubiertas por Comte: “estática social” y “dinámica social”.

A pesar de todo, fue muy efectivo redescubrir la dinámica histórica. En efecto, se volvía de nuevo a ser consecuente, incluso con el propio concepto de *historia*. La historia dinámica se redescubrió como... historia; esto es, la historia aparecía como una sucesión ininterrumpida de cambios, de fases, que originaban otras inmediatas, de procesos hechos de cambios cuantitativos. Fue como si el historiador descubriera por primera vez el tiempo. Surgieron grandes conceptos mágicos: “estructura”, “coyuntura”, “proceso”, “desarrollo”, “crecimiento”, “fluctuación”... La historia *estática* fue demolida por la *dinámica*; el *positivismo* del siglo XIX sufrió los embates del *neopositivismo* del siglo XX. Sin embargo, el mundo se movía. Quizá las circunstancias apuntadas impidieron inquirir el *cómo* fluía o cambiaba la realidad social; ¿mecánica o dialécticamente?, ¿de una forma cuantitativa o de manera cuantitativa-cualitativa?, ¿se trataba de un desarrollo lineal, uniforme-

<sup>4</sup> No nos referimos a la totalidad de los miembros de la escuela de los Annales. Tras la muerte de Febvre, la escuela se matiza: una parte de la misma permanece fiel a los grandes postulados de antaño, en cierto modo se “oficializa”; otra, se orienta hacia nuevos derroteros metodológicos. Esta sugiere los nombres de Goubert, Meuvret... y de modo muy singular: Pierre Vilar. Interesa la forma en que este ilustre autor supera e integra los “combates por la historia”, que “entre 1925 y 1939, pudo aprender de los verdaderos maestros (Lucien Febvre y Marc Bloch), cuyos ejemplos seguía”: “(...) combate *contra* las barreras entre disciplinas, *en favor* de una relación orgánica entre historia, economía, geografía, etnología, sociología, por consiguiente en favor de la unidad de la materia y de la reflexión histórica; combate *contra* las barreras entre especialistas, *en favor* de una historia comparada de los lugares y de los tiempos, *sin exceptuar el presente*; combate *contra* el aislamiento del investigador, *en favor* del trabajo colectivo; combate *contra* la investigación ciega en el caos de los hechos, *en favor* de una investigación conducida por *hipótesis*, por *problemas*”. Esta reveladora síntesis programática ha sido significativamente escogido por Reglá (página núm. 24) del libro de Vilar “Crecimiento y desarrollo”. Y es también muy significativo que el equipo traductor de este libro lo integren precisamente los más destacados miembros de la escuela de Vicens: doctores Emilio Giralt, Jorge Nadal, J. Fontana... y Gonzalo Anes —a quien su condición de economista no excluye su connotación historiográfica Vicens-Vilar—. Primera promoción de alumnos de ayer, y recentísima de catedráticos universitarios hoy, son la clave de algunas de las cuestiones que al principio de este trabajo planteamos.

mente gradual, o por el contrario de un desarrollo hecho de saltos, de “zigs-zags”, de evoluciones sometidas a bruscas transformaciones?

El pensamiento francés, impulsado por la angustia sartriana, perplejo ante “l’engagement”, debatiéndose en los gloriosos marcos de su tradicional filosofía, operaba desde un mecanicismo neopositivista que se revelaba extraordinariamente eficaz frente a las concepciones estáticas.

Y de esta eficacia se contagiaron las mentalidades más inquietas de Occidente que acudieron al IX Congreso de Ciencias Históricas que se celebró en el París de 1950.

¿Fue casualidad o causalidad que un español de la España industrial acudiera a la industrializada Francia a participar en el mencionado Congreso? En cualquier caso, Jaime Vicens Vives llevaba ya consigo las inquietudes que le sensibilizarían y le transformarían en el renovador de la historiografía española. También encontró el eco necesario para los nuevos postulados metodológicos: espíritu de equipo, preocupación metodológica, atención a lo conceptual, visión de la realidad social en movimiento, consideración del hombre común como sujeto de la historia...

Por aquellas fechas, en España había resonado con notable éxito la concepción idealista de Toynbee y las amarguras del humanismo existencial de Jaspers, que condicionaron el idealismo español hacia un nuevo humanismo. En las ráfagas de viento fresco y saludable que empezaron a desintegrar los gélidos vientos de la “guerra fría”, Vicens Vives significó para España, lo que para Francia Febvre —a quien sucedería Braudel—. Ambos crearon escuela y ambos, Vicens y Febvre —extraño símbolo de una misma coyuntura— desaparecieron, casi simultáneamente, con la fusión de los primeros témpanos del “deshielo”.

Juan Reglà Campistol sucedió a Vicens Vives. El autor de “Compendre el món” refleja toda la complejidad de la escuela historiográfica que representa, sus problemas, sus contradicciones, sus logros, su esperanzado humanismo. No puede ser más elocuente, en su laconismo, la siguiente “profesión de fe” científica que transcribimos: “He hablado de los hombres y de sus actividades en el *tiempo*, en el mundo *dinámico* de la Historia, que necesariamente hace ver las cosas (...) bajo el prisma de la *mutabilidad* y, en definitiva, de la *evolución*” (pág. 219). En efecto, los cuatro términos que hemos subrayado —casi la mitad de los contenidos en el fragmento— se refieren a la noción de tiempo; y dos de ellos —“dinámico” y “evolución”— definen el carácter del devenir temporal. He ahí, pues, cuantitativa y cualitativamente la clave precisa del contexto historiográfico en el que, desde un principio, venimos localizando al autor: una concepción dinámica de la historia, en la que el hombre común es a la vez sujeto y objeto.

No obstante, tal y como es frecuente, el crítico aislando, delimitando y relacionando posturas, connotaciones, criterios, significaciones coyunturales... termina concluyendo una realidad a cuya aceptación quizá se resista el estupefacto autor. Queremos significar que hemos sorprendido a nuestro

autor en una línea de pensamiento y dentro de un contexto científico que, por vivirlo existencialmente, desde dentro, es más una vivencia práctica que una objetivación expresamente postulada. Reglà lo advierte sin ambages: "Al autor no le hace ninguna gracia que de entrada le cuelguen alegremente cualquier etiqueta... He hecho todo lo posible por hablar siempre como historiador, verdaderamente obsesionado en no dejar nunca de serlo..." (pág. 219).

Y posee toda la razón. Como historiador consecuente tiene lúcida conciencia de que no puede circunscribirse en una definitiva esfera de acción intelectual. En realidad, lo que hemos pretendido ha sido enfatizar las orientaciones preferenciales en las que libremente se mueve su pensamiento histórico.

"Comprende el món" es un libro abierto. Lo denuncia —ya señalamos que el "leit-motiv" era precisamente el diálogo— la beligerancia que el autor ha concedido a los más destacados representantes de las escuelas más antagónicas, desde la idealista a la dialéctica, sin olvidar la compleja topografía de los eclecticismos más respetables.

\* \* \*

Acabamos de atender a la resonancia que el autor no ha pretendido conseguir: la que hemos conjeturado en el lector especializado, en el historiador profesional. Hemos tratado de localizarle en un contexto científico, históricamente determinado dentro de una coyuntura. Lo uno y lo otro, a pesar del espacio consumido, ha dejado fuera de análisis su respectivo y necesario complemento: la resonancia pretendida y la específica coyuntura española que explique el relativo y —en apariencia— osado paralelismo entre la escuela de Febvre y la de Vicens. Por todo ello, el "análisis externo" de *Comprende el món* es incompleto. El lector queda invitado a completarlo críticamente él mismo, desde su peculiar y necesaria perspectiva; en función de una circunstancia histórica coetánea que forzosamente comparte. Porque si para explicar la historicidad del fenómeno de los "Annales" poseemos la mínima perspectiva necesaria, ésta es casi nula para explicar con fría objetividad la génesis de nuestra circunstancia española y, en su seno, la de la escuela que Reglà representa.

Sin embargo, ambas limitaciones se resuelven e infieren del breve pero enjundioso prólogo. En primer lugar, "Comprende el món" está escrito en función de un público mayoritario, pero suficientemente interesado en la temática que el libro ofrece. Así, éste es un libro didáctico; el profesor Reglà se ha esforzado en que lo fuera; lo ha pretendido deliberadamente. Es necesario subrayarlo para comprender el esquematismo de alguno de sus capítulos y valorar el denodado esfuerzo de su autor: investigador riguroso de la España austracista, pedagogo consecuente, ha tenido que romper los moldes que cada una de estas actividades genera en quien ha de ejercerlas

sometido a los duros imperativos del vigente sistema universitario. Pero no había que romper sólo estos moldes; otros, todavía más objetivos completaban el reto: los de la propia disciplina y los de un lector todavía poco adiestrado en la comprensión de la problemática sociohistórica, tan rica en contradicciones como en sugerencias. Abordarla significa —excútese el eufemismo— hacerse al tiempo que se hace..., significa que el historiador que se atreva ha de recurrir al instrumental del sociólogo: esquemas, generalizaciones, organigramas... No de otra forma podrá aprehender una realidad viva por humana y fluida por histórica. Aprehender esta realidad, pero sobre todo darla a aprender, comunicarla didácticamente a los demás, éste era el conflicto más grave y más comprometido que había de afrontar quien, como historiador, sabe la fuerte resistencia que la realidad histórica opone a la esquematización.

No obstante, este riesgo ha sido deliberadamente asumido. Así queda constatado en el inicio mismo del párrafo primero del Prólogo: “Creo que podría definir mi propósito (...) como un intento de desplazar al terreno de los *esquemas básicos* mis preocupaciones de historiador. En efecto, los historiadores, como observadores atentos de la realidad temporal que constituye nuestro campo de trabajo, hemos de basarnos en la extraordinaria pluralidad dispersa de los acontecimientos, y comenzamos a trabajar científicamente cuando intentamos poner un orden, o si se quiere, cuando nos proponemos *generalizar* nuestras “observaciones” (pág. 9). Los riesgos del esquema y de las generalizaciones están en función de la historia como ciencia; el historiador que se considere científico ha de asumirlos, pues sabe que su disciplina ha alcanzado un grado tal de madurez que ya no es suficiente la mera descripción ni la metódica clasificación de los fenómenos históricos; tiene que interpretar, que explicar, que abstraer, que reducir... tiene que arriesgarse; y a la vez no menospreciar lo descriptivo ni lo cuantitativo; en este sentido hay que entender la “historia integral”. El riesgo verdadero no consiste en penetrar en el esquema, sino en quedar prendido en el mismo y no poder superarlo; tampoco consiste en esquematizar, sino en saber qué debe esquematizarse o generalizarse. El riesgo consiste en la adopción de una actitud pasiva ante el esquema; cuando éste suscita la crítica del lector, el peligro desaparece porque la actitud crítica ya no es pasiva: el lector ha entrado en el juego. En la medida que esto suceda en un libro didáctico, el propósito o resonancia que el autor pretendió se habrá cumplido. Y esto es lo que sinceramente creemos que ocurre a “Comprender el món.”

En cuanto a la coyuntura específicamente española, es muy revelador cuanto se infiere del análisis al cual Reglà somete su propia trayectoria intelectual. Esta “refleja las reacciones normales de un hombre que se ha formado en este mundo nuestro de los últimos veinte años. Intentando una periodificación, durante el primer decenio (1945-1955), mis preocupaciones (...) giran en torno a (...) la problemática de la Filosofía de la Historia.

Entonces esta tarea me pareció casi estéril, ya que no me era fácil encontrar una relación clara entre mis trabajos de archivo —mi formación de historiador— y las grandes abstracciones de la Filosofía de la Historia, en las cuales la especulación se alimenta de la misma especulación...” ¿Qué dramáticas connotaciones despierta en los intelectuales españoles de esta promoción? Período español de 1945 a 1955: doble efecto de las guerras civil y mundial, repliegue y aislamiento; inflación de las filosofías idealistas, disociación radical entre teoría y práctica científicas: autodidactismo a ultranza. “Al comenzar el segundo decenio (...) veo claramente la necesidad de establecer un nexo, una relación entre ambas tareas, mientras caminando ya por mi cuenta, invierto (...) el orden de mis preocupaciones: (...) partiendo de los hombres concretos y de las actividades humanas en el tiempo (...) intentaría “generalizar”, como he dicho antes, mis observaciones (pág. 11). Las características de este segundo decenio no necesitan comentarios; basta apuntar cómo quedan reflejadas en “Compendre el món” y cómo el autor ha logrado *despegar* tan sintonizado con la evolución de la coyuntura española. Esto último parece tan admirablemente cierto que, en nuestra opinión, es precisamente *lo evolutivo* uno de los rasgos más acentuados, no sólo del contenido, sino del planteamiento mismo del libro.

El contenido aparece conformado en un original organigrama, cuya disposición gráfica sería una espiral. En su dimensión basal, un amplio planteamiento historiográfico con el cual se abre y cierra el libro: “La historia, hoy” —primer capítulo— y “Las grandes visiones de la historia universal”, ayer —subtítulo del apéndice—. A continuación, en las sucesivas espiras toda una problemática viva y concreta: los grandes procesos históricos y anónimos, primero; los grupos generacionales, más singularizados, después; y finalmente, las grandes posturas individuales pero arquetípicas. El segundo capítulo, “El desarrollo y sus formas”, es tanto una exposición de los grandes procesos históricos que han generado la sociedad occidental contemporánea, como de las consecuencias sociopolíticas y culturales de la crisis de superproducción de 1929. De esta historia, anónima y procesal, a la acción de los grupos generacionales, en quienes cristaliza la sociedad que los refleja —“Los hombres y las generaciones”, capítulo tercero—. Este juego de los grupos coyunturales sirve de recurso para que la óptica metodológica del autor se desplace hacia el aspecto político de las crisis, preferentemente las precapitalistas, y a la dialéctica de los hombres singulares que hacen la revolución o que la sufren, en sus diversas y contradictorias actitudes, en sus opuestos compromisos humanos ante las situaciones revolucionarias. Situaciones que comprometen incluso a los no revolucionarios, a los partidarios moderados de las soluciones reformistas... y de quienes diversas circunstancias históricas plasman estupendos arquetipos hispanos: “Luis Vives y su hecatombe familiar”; “Felipe II y su *viraje* ante la subversión protestante”; “El *pánico* de Floridablanca frente a la Revolución francesa”; “Jovellanos y la crisis de la Ilustración española”; “Juan Maragall y la *semana trágica*

barcelonesa". Este dramático proceso —apasionadamente reconsiderado, en sus fuentes originales unos casos; en su exégesis personal, del profesor Reglà, otros— conforma la brillante segunda parte del libro: "Los procesos acelerados y el reajuste de posiciones".

Gran aportación de las más diversas tendencias historiográficas de hoy: ¡cuánto ha tardado la ciencia en percibir de esta forma la realidad histórica! Lo poco que se había intuido de ella fue expresado mediante las encontradas ideologías que, sintetizadas, constituyen el "apéndice" de este libro.

La inmediata versión al castellano —en la que trabaja el autor— hará llegar este libro a un sector mucho más amplio de lectores.

